

el yerevano, suplemento 29 Julio 2000 p.10

Recordando a

Carmen Martín Gaite

POR JORGE HERRALDE.

La primera conversación larga que tuve con Carmen Martín Gaite fue a finales de los 70, durante la Feria de Madrid, en una de aquellas casetas más o menos nostálgicas propias de la feria de vivos de aquella época, de los cincuenta pisos de escritores y editoriales, de Madrid y de Barcelona, de aquellos tiempos de la recién estrenada democracia y de antes del Mercado.

Me senté a su lado en una gran mesa redonda —el formato ideal, como es bien sabido— y empeñamos la charla. Yo tendré a hablar bajo y advertir que ella sonreía sin parar una vez ajustado el nivel de descalabros, todo fino a la perfección. Carmen habló sobre todo del personaje fascinante de Melchor de Macanaz, que había investigado tantos años; yo estaba entusiasmado con el Nuevo Periodismo, que ella no conocía, y se interrumpió de inmediato; le envío los primeros libros de Tom Wolfe que ya había publicado.

Luego nos fuimos viendo espontáneamente en la Feria de Madrid o, con más calma, en alguna casa en casa de Esther Tusquets, gran amiga común. Hasta que un día, en 1986, me dijo que iba a escribir un libro, *Usos anárquicos de la posguerra española*, y que pensaba presentarlo al Premio Anagrama de Ensayo.

En 1983 fallecía mi hermano hija Marta, a quien idolatraba, lo que causó un golpe del que jamás logró recuperarse. A partir de ahí su vida se convirtió en una brasa puesta contra el dolor, en una lucha hacia adelante; se refugió en la terapia del trabajo incansable, lo recurrió enponente y fructífero máquina literaria. Hiciera lo que hiciera —desde una novela o una rigurosa investigación histórica hasta una conferencia o un artículo—, tenía a gala “hacer los deberes”, como olla de caza, y los hacia a conciencia.

Reina de la feria madrileña

Los Usos anárquicos de la posguerra, en el que tanto se había volcado, ganó en 1987 nuestro premio de ensayo y se convirtió en un gran best-seller, su primer best-seller (que luego ha sido un long-seller), y así empezó una nueva etapa trascendal de encuentro con los lectores.

No hacíamos ya muy amigos y era una cita obligada en cada estancia en Madrid. A principios de 1988 terminó una novela, *Nubosidad variátil*, y decidió editarla en Anagrama, así como sus tres novelas posteriores, publicadas con tremenda regularidad de intransigencia, en las primaveras de 1994, 1996 y 1998.

También la liturgia de la entrega del original era muy similar. No solíais prender “hasta no estar de siete meces”, según decía, es decir hasta tener la novela muy avanzada. Entonces nos la



Gisèle Cavoir la invitó a participar en una mesa redonda con Gregor von Rezzori, John Bayville y otras figuras internacionales. Carmen, además de leer un excelente texto (*su voz de soñ*), demostró una vez más su gran talento eceánico, una actuación de actriz consagrada, en la cabeza una de sus celebres boinas con un broche en el que centelleaba la palabra jazz, se quedó con el público, le puso la cara por la calle.

Y si disfrutaba con todas sus traducciones, las prefería en las elegantísimas ediciones de Harvill Press, que dinge nuestro gran amigo Christopher MacLachlan, todo un personaje. Eviduo como un cojuelo de la RAE, un corrupto renostado, allí entra, por una cabeza atafada y huesuda, “Qué tremendo fan gaúcho”, comentó Carmen al conocélo, aunque él mismo, igual que nosotros, se casó imponentable novio escocés. Christopher también quedó prendado.

Tantes y tantos recuerdos de quince años de incesante amistad... Todo el mundo sabe que fue una extraordinaria escritora. Y también todos los que la conocían saben que fue una persona no menos extraordinaria: generosa, rota, valiente. Incapaz de cualquier manotra, de codazo alguno, alérgico a la impostura, a la presunción, y a los presentacions. Tercer también, e insobornable. Helen Gómez ha escrito hace unos días un texto magistral, del que transcribo unos párrafos: “Carmen Martín Gaite dijo que no a muchas cosas. Lo dijo con discreción, y hay quien piensa que la discreción está reñida con las boinas de colores, pero no es cierto (...). Lo que no era paciendo serlo, lo que no era recibiendo cada día ofertas para serlo. Lo que no era, donde no estaba, en qué fiestas no se la veía, de qué premios no era jurado, qué premios pactados bajo silla no ganó, de qué instituciones no quiso formar parte por más que le lasificaran, en qué programas de televisión no entrara, a qué grupos médicos no quiso tirar su figura ni su discurso, qué historias de encargo no aceptó, a qué preguntas no quiso contestar, qué fiestas ni premios no perdió”.

Pasiblemente ésto sea, lagrimones aparte, el homenaje que Carmen hubiera preferido y que suscribimos todos los que la hemos conocido. Y Helen añade tributo a los “cuentos de miles de veces privados”; también todos sabemos de su extrema generosidad y, al revés, de su humor a “dar la lata”.

Y así ha muerto. Rapidesima e inesperadamente, sin “dar la lata”, acompañada de su hermana Anita, la berroqueña y admirable Anita, y de la fiel Angelina, su mano derecha, y haciendo “los deberes” abrazada a su cordero de reijilla hasta el último momento. Y todos los ceteros de amigos y amigas en El Boalo, acompañándola hasta el dormitorio ceremonial, cuarta tristeza, no te olvidaremos, Carmen: “Lo que no puede ser no puede ser y además es imposible”.

Recordando a Carmen Martín Gaite [artículo] Jorge Herralde.

AUTORÍA

Herralde, Jorge

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando a Carmen Martín Gaite [artículo] Jorge Herralde. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)